

MARTÍNEZ, Francisco José: *Pensar hoy: Una ontología del presente*, Amargord Ediciones, Colmenar Viejo (Madrid), 2015, 335p.

En este ensayo escrito con claridad pedagógica, penetración hermenéutica y vocación constructiva, Francisco José Martínez, catedrático de Metafísica de la UNED, propone pensar el ejercicio y práctica de la filosofía a partir de un conjunto de textos ordenados bajo la rúbrica de “ontología del presente”. Desde distintos puntos de vista, y recurriendo a los textos originales de los filósofos, analiza y repasa las raíces y condiciones de la situación histórico-filosófica actual, examina las posibilidades de salir del *impasse* que supone la crisis de la manera clásica de hacer filosofía (causada por el impacto de la ciencia y la técnica modernas), evalúa el publicitado “final” de la filosofía y, por último, propone y apuesta por el ejercicio de la filosofía como ontología, en el sentido de reflexión sobre lo que hay y perspectiva sobre lo que tendría que haber (apertura al mundo y creación de sentido).

La primera parte, “Pensar la época de la técnica entre modernidad y postmodernismo” (pp. 17-86), es una exposición de las dificultades de autocomprensión de nuestra época moderna. Se intenta dar respuesta a la pregunta por los elementos complejos que forman parte del intrincado autorretrato de nuestro tiempo. El primer capítulo “La modernidad y su sombra” (pp. 17-50) traza el contorno de la modernidad como un tiempo histórico crítico y de crisis, una negación profunda del cristianismo en todos sus órdenes y no una simple secularización de sus contenidos e instituciones. En el debate historiográfico-conceptual sobre la continuidad y ruptura entre la época cristiana y la moderna el autor se sitúa con nitidez: nuestro mundo moderno no es resultado de una traducción, conversión o reinscripción de

---

Recibido: 07/04/2016. Aceptado: 08/04/2016.

los modos, maneras y formas cristianas, sino un acontecimiento histórico nuevo. El autor apunta a que las críticas a la modernidad son, precisamente, la autoconsciencia de la modernidad: Marx, Nietzsche y Freud son sus protagonistas. Incluso la autoconsciencia de Ortega y Gasset llega a ser tan acerada que puede ser calificado como el primer posmoderno (p. 34). El autor continúa el dibujo de la autoconsciencia de la modernidad reseñando las aportaciones de H. Blumenberg (la modernidad como autoafirmación de la humanidad), Z. Bauman (la modernidad como liquidez o fluidez de formas de vida, conceptos e instituciones), y B. Sousa Santos (con su descripción de la opción que la modernidad tomó por el conocimiento dirigido a la regulación frente a un conocimiento orientado a la emancipación). El segundo capítulo “Pensar la técnica” (pp. 51-86) culmina el retrato de la modernidad: la técnica es el fenómeno central de esta época. Para comprender este fenómeno hay que conceptualizar la modernidad como autoafirmación de lo humano (realidad puramente mundana), giro copernicano (descentramiento del hombre en el cosmos), reocupación de posiciones que ocupaban los conceptos religiosos (continuidad de problemas, no de soluciones), utilización de la ciencia y la técnica como dispositivos de explicación e intervención (sobre el mundo). El autor aborda a dos pensadores decisivos en la comprensión de la técnica: Heidegger (la técnica como provocación, estructura de emplazamiento copartícipe del juego del desvelar, peligro y salvación coetáneos) y Ortega y Gasset (la inscripción de la técnica en la antropogénesis, la vida como autofabricación de un ser instalado deficientemente). El encuentro entre Heidegger y Ortega en Darmstadt en 1951 y su debate alrededor de la estancia como habitar (Heidegger) o como instalación artificial o sobrenatural (Ortega) es la nota con la que remata el capítulo.

La segunda parte, “Más allá de la filosofía: ¿realización o fin de la filosofía?” (pp. 91-289), es un estudio en detalle de los requisitos (históricos) y condiciones (filosóficas) de un pensamiento que se quiera actual. ¿Cuáles son las piezas constructivas de una filosofía actual? ¿De dónde se pueden tomar? ¿En que dirección se deben replantear los problemas clásicos de la filosofía en un momento en que las repuestas clásicas ya no se sienten como válidas? ¿Cómo pensar filosóficamente hoy? La propuesta de autor es explícita: la filosofía es una actividad con pretensión sistemática que consiste en construir conceptos, un sistema abierto, incompleto y no exhaustivo. El empeño de elaborar una metafilosofía a la altura de nuestro tiempo, o un pensamiento postfilosófico, debe tener en cuenta cuatro labores: elaborar valores ajustados a las actuales condiciones (científicas, industriales, demo-

cráticas), construir una imagen no dogmática del pensamiento, buscar una salida del pensamiento representativo, ejecutar un trabajo de desplazamiento transformador en la frontera o límite de la filosofía. La idea de Benjamin de “constelación” es el instrumento que el autor utiliza como herramienta pedagógica e instrumento heurístico para explicar, ordenar y comprender las distintas formas de “ir más allá” de la filosofía clásica. Establece tres constelaciones: marxiana, positivista-pragmatista, existencial-hermenéutica. Las tres se entrecruzan en sus críticas a la filosofía especulativa clásica, aunque en cada una de ellas predomina un aspecto: el práxico en la marxiana, el cientificista en la positivista-pragmatista, el privilegio de lo individual en la existencial-hermenéutica.

La constelación marxiana (pp. 102-165) diluye la filosofía clásica en política revolucionaria y propone una metafilosofía como filosofía de la praxis. El autor desarrolla esta tesis a través de un doble análisis textual: por un lado los textos de la izquierda hegeliana y Marx, por otro los comentaristas y analistas del marxismo. El estudio de las obras de Feuerbach, D. F. Strauss, Bruno Bauer, Ruge y Hess, culminado por las de Marx y algunas de Engels, indican que el “más allá” de la filosofía es un nuevo tipo de pensamiento dotado de objetivos práctico-revolucionarios. A partir de las contribuciones de los jóvenes hegelianos, en parte con ellos y también contra ellos, Marx y Engels elaboran un tipo de metafilosofía: una teoría materialista de la historia o postfilosofía que contiene fragmentos de ciencia social positiva, crítica científica de la economía, reflexión filosófica y teoría práctica revolucionaria. El núcleo del proyecto metafilosófico de Marx resulta así patente: la filosofía, para cumplir sus objetivos, debe convertirse en una fuerza activa transformándose en política activa y revolucionaria. Por otra parte, la exposición, interesante y repleta de matices, de las visiones del marxismo contenidas en las obras de los estudiosos marxistas K. Korsch, L. Althusser, Della Volpe, M. Rossi, Manuel Sacristán, Adolfo Sánchez Vázquez, H. Lefevre, proporciona las pistas adecuadas para pensar que el marxismo es una metafilosofía que ha ido más allá de la filosofía clásica (lo especulativo ahora es ciencia y lo teórico es práctica revolucionaria) dando lugar a un tipo nuevo y original de pensamiento postfilosófico. En suma, Marx es un filósofo que da el paso hacia una posible metafilosofía: la filosofía como crítica y transformación práctica.

La constelación positivista (pp. 165-207) tiende a diluir la filosofía especulativa en las ciencias positivas y limita la filosofía bien a epistemología de las ciencias, bien a análisis del lenguaje ordinario. El autor estudia

y expone el pensamiento de Auguste Comte (su concepción del paso de una época metafísica a una metafilosófica), los trazos metafilosóficos de las obras del primer y segundo Wittgenstein, las propuestas del neopositivismo de Carnap, Ayer, Strawson y Smart entre otros, el sesgo metafilosófico del pragmatismo de James y Dewey, y el neopragmatismo de Rorty. Precisamente Rorty, como adalid de la tradición postanalítica y neopragmática, aquilata la filosofía como una especie de metafilosofía que no trata un tipo de especial de problemas, carece de un método especial y no dispone de unos cánones disciplinares específicos (la filosofía se deshace en una especie de discusión democrática).

La tercera constelación, la existencial-hermenéutica (pp. 207-267), disuelve la filosofía clásica en estética y concibe la metafilosofía como poetización del pensamiento. El origen de esta constelación se sitúa en el planteamiento metafilosófico de Kierkegaard: la reivindicación de lo particular (frente a lo general) y lo existencial (por encima de lo racional e impersonal), y la dilución de la filosofía especulativa (a favor del pensamiento literario, poético). Nietzsche es el segundo en romper con el estilo clásico de hacer filosofía al apostar por las fuerzas, el cuerpo y la inmanencia, y los recursos literarios del poema y el aforismo. Para el autor, el repaso de cada una de las obras de Nietzsche confirma que ya se sitúa más allá de la metafísica, en un ámbito postfilosófico, a pesar de que el mismo no fuera consciente de su radical novedad. Ortega y Gasset es el tercer pensador que pertenece a esta constelación por su raciovitalismo, que unas veces presenta como una nueva filosofía y otras como un pensamiento situado más allá de ella. Por ahora los dos últimos hitos de esta constelación son Heidegger (que apela una meditación rememoradora, no calculadora, que comparte con la poesía el decir primordial del ser) y Derrida (que recurre a un pensamiento del envío y la remisión pre-ontológicos y post-ontológicos, situados fuera del marco de la representación, donde no hay comienzo sino un constante diferir imposible de totalizar u homogeneizar).

La enseñanza de las tres constelaciones se materializa en el capítulo “Desenlace” (pp. 267-282). El autor defiende que un pensamiento capaz de asumir la situación postfilosófica actual tiene que tener una vertiente práctica, contar con los resultados de las ciencias (naturales, humanas, sociales) y hacer cuentas con lo singular. En esta dirección, la filosofía de Deleuze puede servir de guía y modelo: la filosofía es un sistema abierto, sin imagen, no representativo, que se sumerge en lo involuntario y se abre a lo virtual. El pensamiento metafilosófico tiene que ser un pensamiento sin fundamento,

sin un principio único, no puede aspirar a reconstruir una unidad perdida. No puede prescindir de la heterogeneidad radical de la realidad, su pluralismo, irreductible, su carácter de disparate, imposible de someter a una unidad rígida y definitiva. Se da más como una meditación que como una reflexión e implica una crítica radical de la filosofía en tanto que ideología, mitología y utopía, pero que a la vez extrae de la filosofía algunos núcleos teóricos que la filosofía ha construido y que la sobreviven. Según el autor, la meditación metafilosófica, dada su consistencia poiética más que mimética, no pretende definir el “ser”, ni plantear lo general, ya que el ser es algo que hay que construir no en general sino de manera más concreta, como acontecimiento o situaciones.

La tercera y última parte, “Pensar tras el fin de la filosofía” (pp. 293-327), configura una apuesta interesante por reconstruir y revitalizar la posibilidad de hacer metafísica en nuestro tiempo. El autor argumenta que la metafísica es la unión de ontología y teodicea. Ontología es teoría de las categorías y, también, un intento de explicación última de la realidad concebida como una construcción hipotética basada en los datos de las ciencias y con pretensión de sistema y completud. Esta ontología debe ser una teoría abierta, pluralista, más próxima a la originalidad y diversidad poética que a la universalidad de las ciencias, descentrada, multiplicada, fundada sobre un ser débil y azaroso. Sus conceptos no expresan esencias sino acontecimientos. La otra dimensión de la metafísica, la teodicea, puede ser recuperada como estudio del problema del mal en el mundo y los fines de la existencia humana. Liberada de la teología natural, la teodicea es una reflexión sobre el sentido de la vida y la búsqueda de lo otro, también en su forma de utopía. Este doble ejercicio metafísico no puede obviar que la ontología y la teodicea anclan su problemáticas en una tradición, la occidental, de raíz ontoteológica. De ahí que nuestro autor opte por una estrategia metodológica basada en la paleonimia: la metafísica actual debe conservar términos y conceptos tradicionales adaptándolos a nuevas problemáticas. Resulta más útil subvertir y dislocar el sentido clásico de los términos, introduciendo derivas semánticas para adquirir nuevos significados manteniendo algunos rasgos de los antiguos, que inventar nuevas y estrafalarias nociones. En este sentido, el procedimiento deconstructivo de Derrida puede ser utilizado para liberar las nociones clásicas y abrirlas a un uso crítico-práctico. La conclusión final apunta a que un pensamiento postfilosófico, es decir, actual y metafilosófico, debe establecer una relación consciente, irónica y subversiva con sus propios presupuestos metafísicos, su herencia

y su esencial finitud. El pensamiento emancipador es el que con prudencia y autoconsciencia toma prestados los recursos sintácticos y semánticos de la metafísica en el momento mismo en que trata de deconstruirla en una determinada coyuntura histórica que marca los textos o las instituciones a deconstruir, así como la dirección en la que hay que impulsar los elementos nuevos así liberados.

En suma, este ensayo de filosofía del y para el presente tiene el interés de aunar una documentación variada y diversa bajo la mirada experta de quien sabe extraer aquello que pervive en nuestra tradición filosófica más reciente, con el fin de proyectarlo, con compromiso emancipador, sobre un futuro incierto que, sin filosofía, es todavía más inquietante. Contar con la filosofía, reivindicar su vigencia socio-política, pujanza crítico-práctica y potencia constructiva-proactiva, es decir, emplazarla en la primera línea del conocimiento humano para edificar ese porvenir, es una de las mejores contribuciones de este ensayo al debate sobre nuestra actualidad.

Miguel Ángel Martínez Quintanar